# ME QUIERE... NO ME QUIERE

MIA COUTO



# ME QUIERE NO ME QUIERE

**MIA COUTO**

TRADUCCIÓN: RODOLFO ALPÍZAR CASTILLO

ELEFANTA EDITORIAL

*ME QUIERE... NO ME QUIERE*

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
*MAR ME QUER*

by arrangement with Literarische Agentur Mertin
Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

Primera edición, 2020



Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Diseño de portada: Irasema Fernández

Formación: Lucero Vázquez

Lectura de finas: Francia Castañeda


Tamaulipas 104 interior 3,
Col. Hipódromo de la Condesa
C.P. 06170, Ciudad de México
imailiano@gmail.com
www.elefantaeditorial.com



@ElefantaEditor



elefanta_editorial

ISBN LIBRO IMPRESO: 978-607-9321-81-9

ISBN EBOOK: 978-607-9321-80-2



# PRIMER CAPÍTULO

Dios es asunto delicado de pensar; imagínate un huevo:
si apretamos con fuerza, se parte; si no
lo sostenemos bien, se cae.

*Dicho del abuelo Celestiano, reinventando*
*un viejo proverbio macua.*[1]

SOY FELIZ NADA MÁS QUE POR PEREZA. LA INFELICIDAD da una trabajera peor que enfermedad: hay que entrar en ella y salir de ella, alejar a los que nos quieren consolar, aceptar pésames por una porción del alma que ni llegó a fallecer.

—Levántese, señor de las perezas.

Es la orden de mi vecina, la mulata doña Luarmina. Yo respondo:

—¿Perezoso? Yo lo que ando es blanqueando las palmas de las manos.

—Palabrería de pícaro…

—¿Sabe una cosa, doña Luarmina? El trabajo es lo que oscureció al pobre del negro. Y, quitando eso, para lo único que sirvo es para vivir.

Ella ríe con aquel modo lánguido de ella. La gorda Luarmina sonríe solo para dar rostro a la tristeza.

—Usted, Zeca Perpétuo, hasta parece mujer.

—¿Mujer, yo?

—Sí, mujer es la que se sienta en estera. Usted es el único hombre que he visto sentarse en la estera.

—¿Qué quiere, vecina? La silla no sirve para dormir.

Ella se aparta, pesada como pelícano, sacudiendo la cabeza. Mi vecina protesta que no hay hombre con seso tan escaso como yo. Dice que nunca vio pescador que dejara escapar tanta marea.

—Pero usted, Zeca, es que ni tiene idea de la vida.

—¿La vida, doña Luarmina? La vida es tan simple que nadie la entiende. Es, como decía mi abuelo Celestiano, sobre que pensemos Dios o no-Dios.

Además de eso, pensar acarrea mucha piedra y poco camino. Por

eso yo, un jubilado del mar, ¿qué es lo que me queda por hacer? Eximido de pescar, me eximo de pensar. Aprendí en los muchos años de pesquería: el tiempo anda por olas. Uno lo que tiene que hacer es ponerse suavecito, y siempre agarra aventón en una de esas ondulaciones.

—¿No es verdad, doña Luarmina? Usted conoce esas lenguas de nuestra gente. Dígame, señora mía: ¿cuál es la palabra para decir futuro? Sí, ¿cómo se dice futuro? No se dice en la lengua de este lugar de África. Sí, porque futuro es una cosa que, existiendo, nunca llega a haber. Entonces yo me vuelvo suficiente del actual presente. Y basta.

—Lo único que yo quiero es ser un hombre bueno, doña.

—Lo que usted es, es un mentirosón.

La gorda mulata no quiere enternecer parloteo; y tiene razón, siendo mi vecina desde hace tanto. Ella llegó al barrio después de la muerte de mis padres, cuando heredé la vieja casa de la familia.

Por aquellos tiempos, yo todavía pescaba en largos viajes, semanas de ausencia en los bancos de Sofala.[2] Ni notaba la existencia de Luarmina. Además de que ella, en cuanto desembarcó, se internó en la Misión, en preparación para monja. Se quedó enclaustrada en esas penumbras donde se murmuran conversaciones con Dios.

Solo unos años más adelante ella salió de esa reclusión, y se instaló en la casa que los curas le habían destinado, muy cercana a mi domicilio. Luarmina costurereaba —era su sustento—. En los primeros tiempos, ella continuaba sin llamar la atención. Solo la notaban las mujeres que entraban en sus dominios. De lo demás, apenas me llegaban los perfumes de su sombra.

Un día el cura Nunes me habló de Luarmina, de sus nebulosos pasados. El padre era un griego, uno de esos pescadores que quedaron anclados en costas de Mozambique, del lado de allá de la bahía de S. Vicente. Ya fue con los antepasados hace mucho. La madre murió poco tiempo después. Dicen que de disgusto. No debido a la viudez, sino a causa de la belleza de la hija. A lo que parece, Luarmina enloquecía a los hombres importantes, que andaban como buitres alrededor de la casa. La señora maldecía la perfección de su hija. Se dice que, enloquecida, cierta noche intentó golpear el rostro de Luarmina. Solo para afearla, y de ese modo alejar a los pretendientes.

Después de la muerte de la madre, enviaron a Luarmina hacia el lado de acá, para que ella se amoldara en la Misión, entregada a oración y crucifijo. Había que componer a la moza por fuera, almidonarla por dentro. Y así fue como ella se dedicó a hilos, agujas y dedales. Hasta que se trasladó a su actual domicilio, en los alrededores de mi existencia.

Solo mucho después de retirarme de las pesquerías me vine a dar

cuenta de que estaba arrimando deseos hacia la vecina. Comencé por cartas, mensajes a distancia. A cuenta de mis insistencias enamoradoras, Luarmina ya había aprendido las mil defensas. Ella siempre me deshacía los favores, negándose.

—Déjeme tranquila, Zeca. ¿No ve que yo ya no estrujo sábanas?

—¡¿Qué idea, doña vecina?! ¿Quién le dijo que yo tenía esa intención?

Sin embargo, ella tiene razón. Mis visitas son para cazarle un descuido en la existencia, pellizcarle una ternura. Solo sueño siempre lo mismo: arrebujarme con ella, arrastrado por esa ola grande que nos hacer inexistir. Ella resiste, pero yo regreso siempre al lugar de ella.

—Doña Luarmina, ¿qué es eso? Parece que de verdad se volvió monja. Un día, cuando le llegue el amor, usted ni lo va a reconocer.

—Déjeme, Zeca. Yo soy vieja, lo único que me hace falta es un hombro.

Confirmando esa afirmación de inutensilio, ella se frota las rodillas como si ellas fueran las culpables de su cansancio. Las piernas de ella, por la manera como se hinchan, dificultan las vías de la sangre. Le congelan los pies, uno los toca y son bloques de hielo. Y ella siempre se queja. Un día, aproveché para ofrecerme:

—¿Quiere que le caliente los pies?

Escalofriando expectativas, ella hasta aceptó. Incluso yo quedé así, medio hechizado, el corazón atropellando el pecho.

—¿Me los calienta, Zeca?

—Sí, los caliento; pero…, por la parte de dentro.

Buscaba un desliz en la defensa de ella, pero recibí calabazas. Yo estaba como aquel que fue a lavar la mano y ensució el jabón; o aquel que quería arreglarse la uña y se cortó el dedo. Con esta edad que tengo, yo ya debía conocer los debidos procedimientos, las delicadas tácticas de abordaje. Pero no. Mi fallecido abuelo siempre decía:

—Cuando jóvenes, solo nos enseñan lo que no sirve. Cuando viejos, solo aprendemos lo que es inútil.

Pero es una pena que yo y la vecina no nos hagamos simétricos, porque ambos somos semiviudos: nunca tuvimos compañero, pero esa pareja, así y todo, desapareció. Soy más joven que ella, pero ya estamos ambos en la cuesta del lado de allá, en la que la vida solo se mueve cuando es para descender.

Hoy sé cómo se mide la verdadera edad: nos vamos haciendo viejos cuando no hacemos nuevos amigos. Estamos muriendo a partir del momento en que no nos enamoramos más.

Y hay que decir que doña Luarmina, también llamada Albertina da Conceição Melistopolous, ya fue belleza de pasmar al hombrerío. Lo sé porque fui testigo en flagrante de esa hermosura de ella. Fue en cierta

ocasión en que no me quedé apenas en el portal. Entré en su casa, me senté en la sala grande con ventana hacia el mar. Fue entonces cuando vi la fotografía. Era de una muchacha de sorprendente belleza, cuerpo capaz de aguar las bocas más insulsas.

—¿Quién es esa?

—Soy yo, cuando era joven. Antes de llegar aquí.

Me levanté con intención de tocar la foto, pero ella, secamente, modificó mi visión volteando el cuadro sobre la mesa. Y allí permaneció para los restantes días aquel retrato, acostado de espaldas a la luz. Yo bien que trataba de espiar desde la ventana la imagen de su anti-gua belleza; en vano.

Me quedaba la presente figura de Luarmina, gorda y llena de grasa. La mujer, por razones de angustia, había dejado que se le acumularan kilos sobre el peso. Yo entiendo: una buena manera de esconder la tristeza es cubrirnos de carne. El sufrimiento es fatal cuando alcanza los huesos. Llegada ahí, la tristeza se apresura en volverse esqueleto. Sabio es dar cobertura al cuerpo, intermediar grasosas fronteras.

En ocasiones, todavía centellea en ella alguna infancia. Entonces ella trata de jugar conmigo, de provocarme celos.

—En cierta ocasión, un hombre me llamó *dólingui*.

—*¿Dólingui?*

—*Dólingui* o *darilingue*. Era un extranjero de fuera.

—¿Qué es eso: *darilingue*? Tengo muchos nombres bastante mejores que esos, ¿no los quiere oír, doña vecina?

—No quiero. Discúlpeme, Zeca, pero ahora ya no quiero. Ya me pesa bastante tener un nombre, cuanto más muchos.

Ya hace años que sobrevuelo alrededor de la viuda. Me arriesgo hasta a perder el plumaje en esa insistencia. Sin embargo, estoy arrastrando alas en ningún suelo, mis plumas solo rozan la brisa. La estrategia es contarle mis aventuras, invento hechos pasados en mis tribulaciones marinas. Pero no son las aventuras las que la hacen pellizcar sueños. Lo que doña Luarmina me solicita son memorias exactas. Y eso es lo que yo menos quiero. No es que me falten recuerdos, solo que están esparcidos por toda mi sustancia, hasta en ese dedo que perdí en las faenas. Mi cuerpo se fue volviendo un cementerio de tiempo, parece uno de esos bosques sagrados donde enterramos a nuestros muertos.

—Cuente cómo fue, quiero las cosas que fueron y como fueron. Esas que nos llenan de nostalgia…

En mí, las nostalgias nunca tienen prisa. Demoran tanto que nunca llegan. Solo cuando bailo me libero del tiempo —las memorias van por los aires, levantan vuelo de mí—. Lo que yo debía era bailar todo el tiempo, bailar para ella, bailar con ella.

—Hábleme sobre su pasado.

Mi pasado me pesa: mi infancia murió temprano, yo tuve que cargar ese peso muerto en mi vida. A los seis años tomé el lugar de mi abuelo en el barco; dos años después mi padre perdía el juicio y salía de casa, ciego y loco. Mi madre, antes de morir, me entregó en la iglesia. El sacerdote portugués Jacinto Nunes me educó en precepto de Dios y libro. Pero lo que yo quería era regresar al mar, y pronto cambié libro por red. Siempre entregando mucho, recibiendo poco. Mi abuelo Celestiano culpaba a mi padre de esa mala suerte.

—Ese hijo mío, Agualberto, humildiburro como es, se metió en el mundo de los blancos, ni bendijo su barco. ¿Abandonó a los antepasados? Ese es el castigo.

Insisto con doña Luarmina: ella que no me pida recuerdos. Yo quiero matar el pasado, esa mujer tiene que dejarme cometer ese crimen. En caso contrario, es el pasado el que me mata a mí.

—Usted, Zeca, tiene rabia del pasado, tiene celos del futuro: ¿va a vivir solo en los ahoras?

Jubilado de las pescas, ni en el presente tengo cabida. Mientras andaba en el mar, arrullado en mi barco, yo no sufría el tiempo, porque esa ondulación era, a fin de cuentas, un baile. Y el baile, ya lo dije, es la mejor manera de escapar del tiempo.

—Venga a bailar, doñita.

—¿Bailar, yo?, ¿con este cuerpo?

Ella ríe, avergonzada. Pero Luarmina no lo sabe: los que bailan se quedan sin cuerpo. Ingenioso es el árbol, que no se mueve y baila su sombra en el planeta entero.

—¿Doña Luarmina no se acuerda de Maria Bailarinha?

Y me acordé de aquella moza del barrio, una despierta-pasiones. Bailaba que dejaba loco a todo el mundo, el macherío se quedaba bizco de los sesos. Los pies de ella, completamente descalzos, machacaban el suelo, eran pies de pilón, pero ni polvo levantaban: la tierra conmovida parecía deleitada por ese golpeteo. Maria Bailarinha bailaba según pedido y por monedas. Le lanzaban los dineros y ella, de inmediato, encendía su cuerpo. Hasta el padre Jacinto Nunes comentaba en voz baja con su sotana:

—Hasta Arquímedes se estremecería, ¡válgame Dios!

Ocurrió que, una noche, al rozar cerca de la hoguera, la capulana[3] de la bailarina se envolvió en llamas. Maria Bailarinha no paró de bailar. El pueblo comenzó a gritar, para avisarle. El fuego alrededor de las ropas se hizo más denso y ella no se detenía ni dejaba que nadie se acercara. Estaba poseída por el vértigo, bailaba ya con la propia muerte. Hasta que se detuvo de repente, pareciendo estar intacta y entera. Cuando la primera mano la tocó, ella se deshizo en

cenizas, polvillo que volaba con la brisa.

—¿Recuerda a Maria Bailarinha?

Nada, Luarmina no responde. ¿Me habrá escuchado por lo menos? No hay modo ni manera, doña vecina sospecha de las desventuras de los otros. Solo le interesan las antigüedades de que formé parte. Y yo, para esquivarme, miento unas memorias, desembarazo unos pensamientos… Incluso, un día le pregunté:

—¿Por qué solo mis recuerdos, los personales?

La vecina no respondió. Por el contrario, replicó así:

—Bueno, si le cuesta mucho, entonces cuénteme unos sueños.

Nada menos que yo, ¡que ni me acuerdo nunca de los sueños que me visitan mientras duermo! Es que tenemos horarios diferentes: yo y el sueño. Y aviso:

—Han de ser sueños falsificados…

—No importa.

Y porfié, hasta porque trae mala suerte recordar a quien nos visitó durante el sueño. Por tanto, yo daría unas pasadas de invención en mis relatos. Cuando no somos nosotros los que inventamos el sueño, es él quien nos inventa a nosotros.

—No hay problema, Zeca Perpétuo. Hoy, yo hasta soy capaz de pagar para que alguien me cuente los sueños.

Hizo un esbozo de sonrisa, pero era una única tristeza mojada. Después, dejé a mi vecina en su asiento y fui regresando a paso lento a mi casa. Luarmina se ensimismó en su pequeña manía, como si descosiera una tela inexistente:

—Me quiere, no me quiere…[4]

Este era el canto litúrgico de Luarmina, el infinito canturrear de ella. Cada caer de la tarde, la mulata se lo pasa sentada en un escalón del portal y va deshojando infinitas flores. Al cabo de un rato, todo el patio está forrado de pétalos, el suelo asombrado en mil colores.



# SEGUNDO CAPÍTULO

Lanzamos el barco, soñamos el viaje:
quien viaja es siempre el mar.

*Dicho de mi abuelo Celestiano*

PUES SÍ LE DIGO, SEÑORA MÍA: ES UNA PENA QUE USTED ande por ahí fatigando sus ojos por el mundo. Lo que debía hacer es, bien temprano en la mañana, pasar un sueño por el rostro. Es eso lo que impide el tiempo y atrasa la arruga. ¿Sabe lo que debe hacer? Se extiende ahí en la arena, se alarga acostadita, estira el alma en diagonal. Después permanece así, calladita, rentita al suelo, hasta sentir que la tierra se enamora de usted. Se lo digo, doña: cuando permanecemos callados, como una piedra, acabamos por escuchar los acentos de la tierra. La señora en cierto momento ha de oír un suelo marino, haga de cuenta que es un mar bajo la piel del suelo. Aproveche ese arrullo, doña Luarmina. Yo saco buenas ganancias de esos silencios submarinos. Son ellos los que me hacen dormir todavía hoy. Soy niño de él, del mar.

—Niño, eso sí. Usted hace mucho que olvidó la edad.

—¿Sabe lo que sería bueno? Que nosotros dos nos arregláramos, ¿me entiende, doña Luarmina?

—Tenga juicio, Zeca.

—Haga de cuenta que somos verbo y sujeto.

—Ya conozco esa gramática suya…

—Usted, mi buena señora doña, no sabe cuánto enriquece mi retina.

Luarmina no intercambia respuesta; y con razón. ¿Quién soy yo? Un cazador de peces que ni tiene a quién contar sus aventuras. Es verdad, doña, no puedo ni pulir mis mentiras. ¿Será que son mentiras? ¿Si yo, que no fui testigo de lo que yo mismo relato, acabo creyéndome? El mar es quien tiene culpas, pues allá se esfuman los límites, allí todo puede ser. En el mar no hay palabra, ni nadie pide cuentas a la verdad. Como decía el viejo Celestiano: «Donde siempre es mediodía, todo es nocturno».

Vuelvo a la mujer, doña Luarmina. Nunca nadie fue tan vecino, porque ella, cuando no me está presente, me está en los sueños. Siempre y siempre esa pulposa y carnosota mujer. La cola fue lo que más le creció, creció más que las nalgas. En otros tiempos ella encendió ardores masculinos, pero ahora está apagada. No para mí, que me enciendo en su presencia y ardo en su ausencia.

Al caer de cada tarde, me encamino a su casa. Curioso su lugarcito: solo tiene parte trasera —casi como la doña—, porque la gente para rodearla no tiene que dar la vuelta. Se llega allá y enseguida estamos detrás. Me siento en un viejo tronco y me quedo mirando a la mujer deshojándose:

—Me quiere…

Después, me digo a mí mismo: ¡Si yo pudiera meter la mano en las posaderas de ella! Una de esas noches, extendido en la estera, hasta soñé que me acercaba al asiento de ella y le desplegaba palabras, las siguientes:

*—Déjeme palpar sus nalgas, es un instantito tan brevecito que usted ni necesita olvidar mi atrevimiento.*

*—¿Cuál?*

*—¿Cómo que cuál, doña Luarmina?*

*—¿Cuál de las nalgas?*

*—Cualquiera, doña. ¿Acaso usted no recuerda las cuentas de la geometría? El orden de lo factores no altera el producto.*

Mientras hablaba, ya mi mano viajaba en aquellas obesidades vivas de ella, trencito loco que ondulaba por las topografías de su asiento. Yo andaba en puntita de dedos por las concavidades de ella.

*—¿Qué es esto? Usted todavía no fue autorizado.*

*—Esa mano mía, doña Luarmina, pertenece al sector informal.*

*—Usted, Zeca Perpétuo, es quien es todo del sector informal.*

*—La señora conoce el dicho, ¿no lo conoce? Más vale una mano en el pájaro…*

*—Usted es un abusador.*

*—Esto son sueños, solo sueños. ¿Sabe lo que soñé ayer, doña Luarmina? Pues le cuento, no me corte las palabras.*

*Usted iba conmigo allí a Baixo da Nuvem y bailaba conmigo. Bailaba de blanco, muy discreta. Yo cerraba los ojos y, de repente, usted me decía bajito, al oído:*

*—Vea, estoy desnuda como el pez.*

*Yo me erizaba. Ni tenía valor de abrir los ojos. Su voz ronroneaba junto a mi oreja:*

*—Pero mire bien: tengo un tatuaje, aquí, en la barriga. Vea con su mano. Sí, ahí. Más abajo también, en la curva de la cadera, pase el dedo allá, sí. Eso mismo, ahí. Son tatuajes para que usted no resbale.*

Todo aquello era bonito y fresco de inventar, pero no pude continuar la evocación del sueño. Doña Luarmina me interrumpió y me sacudió con su mano carnosa.

—Cállese, Zeca. Usted ya está viejecito. ¿Por qué sueña todavía esas cosas?

—Soy viejo un carajo. Usted que le gustan tanto las aves, respóndame: ¿las plumas de pájaro se gastan?

—Pero usted ahora solo vuela frente al suelo.

—Ahí es donde está la cosa, doña Luarmina, en las partes bajas es donde está el chiste.

Luarmina no estaba para chistes. De vez en cuando ella concedía una sonrisa. En el resto, ella cerraba una tristeza de no haber tenido hijos. Cuando yo la llamaba flor, ella, áspera, se desahogaba:

—No me llame flor, que me duele. La semilla es la única huella de la flor, y yo no dejé hijo en este mundo.

—Culpa suya no fue. Ningún insecto adecuado supo posársele. Si hubiera sido yo…

—Chitón, Zeca.

—Escuche lo que yo digo: usted sí es flor.

—Está bien, soy flor. Pero una de esas que nunca sirvieron.

—Usted dispensó bellezas, Luarmina.

—¿Y para qué sirven las bellezas? Para nada.

—Vea solo un ejemplo: ¿Quién da más lustre al cielo? ¿No es el arco iris? Y ahora dígame: ¿Cuál es la utilidad que tiene el arco iris?

—Qué sé yo.

—Tiene la utilidad única de fantasear, de enseñar al cielo a soñar.

Pero ella regresaba al casi-lo-mismo. Yo, que la disculpara, porque ella se tenía definitivamente como una ruina, y hablaba:

—Perdí el tiempo; pero el tiempo, ese es el que no se olvida de mí.

Así decía, señalando la piel envejecida del cuello. Y yo, en el consuelo:

—Puesto que el tiempo no la suelta, gracias y desgracias a Dios. Porque soy yo y es el tiempo, los dos compitiendo por usted, doña Luarmina. Deje que sea yo el que gane, por amor de Dios, doña…

—¿De verdad quiere darme gusto?

—¡Sí que quiero, doña!

—Entonces nárreme una memoria suya, una verdadera.

# TERCER CAPÍTULO

La canoa se hizo al mar, una basurita
entró en los ojos de Dios.

*Dicho del abuelo Celestiano*

NO SÉ POR QUÉ DOÑA LUARMINA LLORÓ CUANDO LE conté la historia de mi viejo. ¡Si fue ella quien me la pidió! Yo le había avisado de la tristeza de ese recuerdo, pero ella insistió. Fue solo por eso que solté las evocaciones.

Mi padre se llamaba Agualberto Salvo-Erro.[5] Él podría ser persona en todo. Solo un pero perturbaba su humanidad: mi viejo tenía ojos de tiburón. No se trata de que fueran ojos de nacimiento. Sucedió cuando, en cierta ocasión, él saltó del barco para salvar a su amada. Era una moza muy joven que él había encontrado en otras tierras. La traía siempre en el barco, en compañía de la pesca. Al final del día, antes de traer el pescado a la playa, mi padre encaminaba el barco más allá del horizonte para ir a dejar a la moza. ¿Quién sería la tal muchacha, de dónde era? Misterio que quedó y ha de quedar con Agualberto.

Esa tarde, mi padre pescaba cerca de nuestra playa. El tiempo estaba encabriagitado. Yo aguzaba la mirada, tratando de distinguir la figura de esa que acompañaba a mi padre. Mi madre volvía la espalda al océano.

—¿Ya vio al padre, allá?

Mi madre no respondía nada. Estaba ocupada con las leñas, con el fuego, con la comida. Me mantuve así, en la orilla de la playa, mirando el pequeño barco alternándose con el mar, visión y desaparición aparente. Hasta que, de repente, noté un bulto que caía al mar. Era la muchacha. Mi padre, afligido, saltó en socorro de ella. Se zambulló en la hondura de las aguas y permaneció dentro del mar más tiempo del que un pecho autoriza. Salieron los restantes barcos para el salvamento. Se contaron segundos, minutos, lágrimas, suspiros. Solo al final del día mi viejo reapareció en la superficie. Ya nadie esperaba que él reapareciera. Pero, para gran asombro y rezos de la

gente, mi padre delfinó entre las olas y gritó como si el cielo entero le entrara en el pecho. El pueblo vociferaba:

—¡Está vivo! ¡Está vivo!

Los pescadores acudieron a recoger al resurgido compañero. Festejaron, bailando y cantando, en tanto los barcos volvían a la playa. Las mujeres *xiculunguelaban*.[6] Mi madre avanzó y se paró delante del hombre. ¿Qué estaría ocurriendo detrás de aquella apariencia suya? A fin de cuentas, esa mujer que mi padre había intentado salvar era una otra, rival e ilegítima. Aun así, ella enfrentó a mi viejo. Sus ojos se levantaron del suelo hasta que se fijaron en el rostro de él. Fue cuando ella gritó, tapándose el rostro con las manos. Los restantes se acercaron a mi padre y un rumor se esparció como nube fría.

—¡Los ojos de él!

Sí, los ojos de Agualberto no eran los mismos. Nadie lograba mirar a mi padre de frente, porque aquellos ojos de él estaban del mismo color del mar: azules, de transparencia marina. Su humanidad estaba lavada a manera de pez. Él había permanecido muchísimo demaque Agualberto tenía los ojos de tiburón, talmente iguales a los grandes y dentudos bichos.

A partir de ese día mi padre se adentró en sí mismo, a todas horas sentado en la playa contemplando el horizonte. Pasaba gente venida de otros lugares para observar de lejos al negro con ojos del color del mar. Mi madre, en cierta ocasión, me apartó por un brazo, y susurró una angustia:

—Esa mujer, la otra, ¿será verdad que murió de una vez?

Todos sabíamos que sí, que ella se había sinremediado en los fondos, allá donde los corales florecen en peces. Todos lo sabíamos menos el viejo Agualberto, desamparado de razón. Todas las tardes él llevaba hacia dentro del mar cestos con comida y raciones de agua. Se sumergía y se quedaba en permanencia prolongada. Después regresaba a la superficie, satisfecho de todo, ajustadas las cuentas con la nostalgia. Sin embargo, cada vez que volvía a la superficie, sus ojos se mostraban más azules. Un día se lavarían de todo el color, como las conchas que se vuelven blancuzcas. Aquello parecía cumplimiento de un presagio, un mapa de su pensamiento: perder la visión como perdió a su amor. Y así ocurrió: Agualberto se quedó con los ojos descoloridos y nunca más visitó las profundidades de las aguas.

Cuando el azul le escapó de los ojos, también mi padre se salió de casa, se fue. Yo era muchacho, creía que todo tenía remedio. La salida de mi viejo fue la primera creencia de que en esta vida ciertas cosas no tienen enmienda. Al mismo tiempo tuve que atender también la chifladura de mi madre. Ella no se conformó con aquel abandono, porque ya mi viejo se había marchado hacía mucho y todavía ella me

decía:

—Espera, Zeca. ¡Primero voy a pedir permiso a tu padre!

Hubiera agravio o lágrima, ella siempre me consolaba:

—¡Deja, que yo se le voy a decir a tu padre!

Como si la partida de él fuera simple atraso de pesquería. Forma parte de los preceptos: nunca se dice a un muchacho que es huérfano. De esa manera, mi madre vestía la ausencia con ropas de mentiras.

—¿Esta semana ya escribiste una cartita para él?

Yo sonreía, triste. Pero ella ni me daba tiempo.

—Tu padre habría de ponerse contento de leer un papelito tuyo. Él se pondría contento hasta las lágrimas.

—Pero, madre…

—¿Sabes? Un día una lágrima de él cayó allá en el mar. Allí mismo, en aquella ola donde cayó, la lágrima se transformó en un coral y se fue al fondo. Escribe a tu padre.

—Pero yo, madre, yo ni sé cómo son las letras.

—Por eso tú vas a ir con el cura, a estudiar en la misión. Tu padre, después, te ha de enviar unos dineros.

—Está bien, madre.

Luego ella entraba en la casita, parecía atravesar la hoguera justo por el medio de las llamas. Hacía recordar a Maria Bailarinha, la forma como ella se hizo antepasado bailando con el fuego. Pero mi madre caminaba sobre las fogatas y nada le sucedía. Sin ganas del tiempo, yo permanecía en la playa paseando los ojos por la noche. Mi madre regresaba, tiempo después, y me decía:

—¿Ves las estrellas, Zeca? ¿Sabes lo que dicen?

—No, madre.

—Sabes, hijo, la noche es una carta que Dios escribe en letritas pequeñitas.

¿Cuándo regreses de la ciudad tú me has de leer esa carta?

—Sí, madre.

❀

# CUARTO CAPÍTULO

Chimenea que construyera en mi casa no sería
para que salga el humo, sino para que entre el cielo.

*Dicho del abuelo Celestiano*

EL DÍA COMIENZA SIEMPRE DE MENTIRA, PORQUE EL SOL solo finge nacer. Aquella mañana despertó con deseos de calentar, y yo me decidí a pasear por la playa. Fue cuando encontré a Luarmina sumergida en una poza. Estaba vestida y las ropas se le pegaban al cuerpo. Me acerqué y le pregunté la razón de aquellos baños. Ella respondió que quería calentar las piernas.

—¿El agua está calentita?

—No recibo calor del agua. Quienes me calientan son los caracoles.

Y explicó: había ciertos caracoles que le lamían las piernas, pastando en esas adiposidades de ella. Los bichos soltaban viscosas salivas sobre la vecina y yo solo pensaba: mal empleadas mis propias babas, con el debido respeto. Y Dios nos asista.

—¿Me da permiso para entrar?

—¿Entrar dónde?

—En esa agua donde usted se está bañando.

Entré, me fui colocando cerca de la vecina. Me dejé caer en el agua y cerré los ojos al igual que ella. Mis manos fingieron ser caracoles, moluscos babosos labrando en los muslos de Luarmina. Para mi asombro, la mulata no me rechazó. Mis dedos continuaron, cumpliendo su deber, pescando entre ropa y cuerpo. Espié por el rabillo del ojo: la gorda Luarmina estaba flotando, arrobada, parecía un navío reposando en dibujo de niño. De repente, sin embargo, ella soltó un grito. Rectifiqué mi pillería, manos detrás de la espalda.

—¡Qué susto, doña! ¿Qué pasó?

Luarmina señaló algo sobre las aguas. Eran peces muertos que boyaban.

—Mire, Zeca, ¡son peces sin ojos!

Un escalofrío me atravesó. Aquello era una señal. Alguien, en la

otra margen del mundo, me estaba vigilando. Manía de los muertos es obstinarse en ser humanos. Y allí, entre Luarmina y yo, se vertía el mensaje de los divinos. La mulata estaba más aterrorizada que yo.

—¿Qué es eso, Zeca?

—Es mejor que salgamos del agua. Venga, yo la ayudo.

Luarmina temblaba. Para espantar su miedo, hablé sin parar. ¿Los peces, sabe lo que son? ¿Cómo aparecieron? Pues, siéntese y cálmese. Eso, así. Le voy a contar la versión de mi abuelo Celestiano. En el antiguamente no había animales dentro del mar, solo en la tierra y en el aire. Muchos pájaros había, nada más que flotando sobre los continentes. Los dioses se complacían en verlos volar sobre las selvas, subir encima de las montañosas alturas. Una vez, un pájaro se atrevió a planear sobre las aguas, y sorprendió, en el reflejo, la belleza de su propio vuelo. Regresó y contó a los otros:

—Ya sé por qué nos prohíben volar sobre el océano.

Y fueron, por miles, bandadas ansiosas de ver su imagen. Nunca, sobre el mar, se habían formado tales nubes, hechas de plumas, ágiles de sostener peso. Fue entonces cuando estalló la tempestad, castigo de los divinos dioses. Los relámpagos rasgaban las aves como cuchillos luminosos. Millares de alas cayeron sobre las olas y fueron ganando balanceo de las corrientes, como si continuaran vuelos como líquidas olas. Así, del ala nació la ola, de la pluma nació la espuma.

—De la manera como estoy, Zeca, ni me apetece oír ninguna historia.

Luarmina no quería distracción. El brazo de la angustia la halaba hacia el fondo.

Mejor sería si fuera ella quien hablara:

—Y usted, Luarmina, ¿se acuerda de su familia?

Pero ella no respondió. Su pasado era como el futuro en nuestras lenguas, comenzaba solo cuando acababa, como lagarto que fuera comido por la propia cola. El resto se disolvía en neblinas de tristeza.

—Mientras tuve dedos confeccioné telas, vestí gente.

Pero ese servicio de ornamentar ropajes no le llenaba la vida. Ella quería ser otra cosa, quería hacer crecer de sí más gente, tener hijos, ser nacida en otras vidas. Pero sin esa dádiva, entrar en su casa tan sin otros no le daba deseos. Esa era la razón por la que vivía más en el portal que dentro de las paredes.

—Es por causa de eso que me gusta oír historias de familia. Vamos, cuénteme más sobre su casa, su familia.

—No pida eso, Luarmina.

—Sabe una cosa, Zeca: esta noche, toda llena de luna, me parece que voy a bañarme fuera, en el patio.

—¿Desnuda? ¿Quiere decir, desvestida?

—¿Quién sabe, Zeca?

—¿Y usted me deja contemplarla?

—Si me cuenta, yo lo dejo.



# QUINTO CAPÍTULO

El mar tiene un defecto: nunca se seca. Casi prefiero el pequeñito lago de mi aldea, que es muy secable y uno siente por él lo mismo que por criatura viviente, siempre en riesgo de terminar.

*Dicho del abuelo Celestiano*

MI VIEJO, DESPUÉS DEL INCIDENTE, QUEDÓ CON MENTE de *mamba*.[7] Idea que se anidara en su cabeza crecía enseguida con diente. En un principio se sucedía sin ruido, viviendo en lugar donde ni nos alcanzaba la vista, más allá de los pantanos donde el suelo ya no acepta ni camino ni construcción.

Yo lo avistaba solo de cuando en alguna vez. En esos encuentros mi corazón siempre se achicaba. Pequeño como era, le prodigaba temores, todo yo pueriles arrumacos, porque el viejo mandaba a paseo a todo y a todos: *suca*,[8] *famba*,[9] vete de aquí. Agualberto pasaba con andar despacioso. En los primeros tiempos, nos preguntábamos: ¿Estaría él ciego? Imposible, el hombre andaba y perturbaba. Aquellos ojos opacos de él nos escudriñaban no el rostro, sino el alma. El barrio se unanimaba:

—Ese tipo tiene más azufre que el diablo.

Por más miedo que de él todos tuviéramos, no podíamos prescindir de él. ¿Por qué? Porque mi viejote bendecía los anzuelos. Los pescadores formaban fila y él atendía a cada uno por turnos. Se hacía silencio mientras él cerraba los ojos. Agualberto Salvo-Erro esperaba voces que habrían de salirle por la boca. En algún lugar, allá en la lejanía, la marea se está volviendo, el océano se volteretea en el cambio de las mareas. Mientras no recibía señal de esa mudanza, él se mantenía sin ningún gesto ni pestañeo. Quien sabe no habla, quien es sabio calla. Como decía mi abuelo:

—La diferencia entre el sabio blanco y el negro, ¿sabe cuál es? El blanco responde enseguida a las preguntas. Para nosotros, los negros, el hombre más sabio es aquel que demora más en dar la respuesta.

Y así, en esa inmovilidad, esperaba mi padre y esperaban los

pescadores que querían ser bendecidos. Hasta que Agualberto hacía subir la mano y agitaba los dedos como si llamara invisibilidades. Desenrollaba un viejo paquete de cigarro y de él extraía unos polvos con parentesco de tabaco. Semejaban cigarros masticados por el tiempo y escupidos por el olvido. Los polvos eran lanzados sobre el anzuelo y la suerte se enroscaba en el anzuelo. Otras veces él anexaba al cebo cosas variadísimas: pedazos de espejo, cartas, conchas. Todo aquello seguía, mar abajo, convocando a las más buenas suertes.

Pero este hombre, mi padre, ¿cómo sobrevivía? De lejos, yo me curiosiagitaba. El viejo salía de casa todas la mañanas, restregaba los ojos por las tapias de las vecindades como si estudiara modos de desmirarlas. Iba en dirección al muelle. Allí se sentaba en el muro, recibiendo los infalibles mensajes. Certeramente, yo me destinaba en sus alrededores, cuando me dirigía hacia mis pesquerías. A veces, él me parecía tristón, el pecho mayor que las costillas. ¿Lloraba en el hombro del paisaje? ¿Lo estaría pisando el pasado o serían añoranzas de la tal extinta moza?

Se sentaba en el borde del muelle, recibía las brisas del Índico. El hombre ni producía palabra, solo sonidos desligados, cáscaras de conversación. Cuando hablaba, parecía que lamía la propia lengua. Balanceaba el tronco como árbol frente al ventarrón. ¿El cuerpo ponderaba lo contrario de la cabeza? Para mí, él rezaba, encendía mecha de palabra, en un eterno no-olvidar-ni-recordar, con añoranza de otras vidas.

Pero donde él hacía sus dineros era en la bendición de los anzuelos, garantizado éxito de las pesquerías. Y todas las mañanas los pescadores esperaban en la muralla mientras él desenrollaba el mismo viejísimo paquete de cigarro y abría un saco lleno de ofrendas. Yo me incluía entre los cazadores de pez. Esperaba en la larga fila mientras, allá encima, chillaban estridentes las gaviotas. Llegado mi turno, el miedo me tomaba y, en un desliz, me apartaba de la fila. Incontables veces yo volvía a alinear en aquella demora. Pero siempre, llegado frente al viejo, tropezaba en mí mismo y abandonaba el lugar.

Cierta mañana, mi vieja falleció. Se acabó como vivió: sin historia, sin sobresalto. Solo se quejó:

—El sol me está halando de más, parece que estoy caliente.

Se acercó al tanque y metió las manos en el agua como se ganara fresco. Se recostó al tronco del gran árbol y dejó los brazos caídos en el interior del tanque. Sin que lo supiéramos, ella estaba ya muriendo, diluyendo sus venas en la eternidad del agua. La sacamos como si apenas fuéramos a acostarla, en silencio, como si aquel apagamiento ya hubiera ocurrido hacía mucho tiempo, como si simplemente lleváramos a la madre a pasear en una tarde como las demás. ¿Mi vieja tuvo muerte instantánea? ¿O no será que toda muerte es

instantánea?

El día del funeral, el tiempo cambió. Sin explicación, el cielo se volvió invierno. En la mañana temprano, el frío se escurría por las hendijas. Nadie iría a pescar con tal tiempo, pero fui, aun así. Mi alma condecía con el mundo, vientos y nubes. ¿Quién sabe si el muelle me desentristecería? Estaba yo en aquel abandono, sosteniendo el sedal como si mi alma estuviera clavada en el anzuelo sumergido.

Fue cuando escuché pasos. Me volví, temeroso. Entre las neblinas, me asustó la figura de Agualberto Salvo-Erro. Me detuve, el sedal desbendecido goteando triste en las aguas grises. ¿Será que él me había reconocido, así, por la espalda? Imposible, el viejo estaba completamente ciego. Entonces él dejó oír su voz ronca:

—¿Qué maneras son esas? El pez no va a picar…

No me volví, seguí encogido, gobernado solo por el miedo. Es que, en aquel preciso momento, un tirón en el sedal me indicaba la presencia de un pez enamordisqueando el anzuelo. Pero yo no quería desavenencias con el adivino, fingí que nada sucedía. Los tirones en el sedal me confirmaban que yo había agarrado un pezcadote bien agraciado de peso y tamaño. Pero yo, encogido, no hacía el menor movimiento. Mi padre, no sé cómo, notó los estremecimientos en el sedal.

—¿No va a halar el peje?

Yo, sin saber ni de acción ni de palabra, continué mirando a la nada, haciéndome el muerto. El miedo nació con nosotros, es el miedo lo que nos aprieta el nacimiento al punto de que nos estrenamos con lágrimas.

—Dale, ¡hala el sedal!

Si él era ciego, ¿cómo se daba cuenta de los tirones en el sedal? Pareció adivinar mi duda:

—Después de todos estos años no necesito tener ojos para saber que está picando.

Se sentó a mi lado. Justo junto a la orilla del muelle él hizo balancear las piernas. Yo temblaba con miedo por su expresión sombría. Su voz desvalorizaba la mía:

—¿Dónde está tu carnada?

Sin capacidad para responder, señalé las lombrices en la lata. El hombre metió dos dedos gruesos en la boca de la lata y extrajo el gusano temblequeante, revolviéndose en el vacío.

Habló en su lengua casera sobre pez y pesquería. En la lengua de nuestro lugar no hay palabra exacta para decir pescar. Se dice «matar el pez». No hay palabra propia para decir barco. Y océano se dice así: «el lugar grande». Somos gente de tierra, el mar es reciente.

—Estoy bendiciendo, pero no es la carnada.

—¿Entonces?

—Estoy bendiciéndolo a usted.

Mi padre, ¿será que él me reconocía? Después me miró con aquella hondura vacía que me imposibilitaba mirarlo de frente, y dijo así:

—Usted, muchachito, voy a decirle una siguiente cosa: soy ciego para cosa viviente, pero veo bien del lado de la muerte. Y estoy viendo su muerte…

—¿Mi muerte?

—Usted ha de morir ahogado en sábana como si los paños se volvieran olas de agua.

—¿Usted sabe quién soy yo?

Él movió afirmativamente la cabeza. Era por saber eso que él estaba allí, sentado a mi lado. Entonces, él me preguntó:

—Vine aquí a pedirle una cosa: ¿usted sabe dónde queda Fundo do China?

—¿Ese abismo, allá en el medio del mar?

—Yo quiero que usted vaya allá, cada semana vaya allá. Y lleve comida y agua de beber. Deje eso en el fondo. Haga eso de mi parte. ¿Me lo promete?

—Lo prometo.

Y me explicó: la única razón que le daba fuerza para vivir era ese recuerdo. En las honduras de Fundo do China se había extinguido aquella que él amó, aquella para quien tuvo ojos.

—¿Sabe? Todos esos anzuelos que bendigo… todo es mentira. Solo finjo dar la buena suerte para que esa carnada, esas cosas que junto a los anzuelos, desciendan allá en las profundidades y no regresen.

—¿Y las cosas que usted prende en el anzuelo?

—Son prendas que destino a la fallecida. Es para ella. Todo aquello es para ella. Son mis prendas.



# SEXTO CAPÍTULO

El caracol se parece al poeta:
lava la lengua en el camino de su viaje.

*Dicho —mas no lo creo— de mi abuelo*

ESA TARDE YO ME DEJABA ESTAR EN EL PORTAL, MIRANDO el océano. No es que yo mirara aquel azul total, era el mar el que llevaba mis sueños a pasear. Y yo me quedaba ciego para recuerdos, siempre recién-naciente. Así, en el viejo peldaño de mi portal, no estaba callado: —yo era el propio silencio, embelesado de Índico.

De repente, un piar de gaviota me alertó. Mis nervios se tensaron como arco, disparé que ni fuera flecha. La piedra me salió de la mano con rabia.

—¡Eh! ¡Perpétuo! Por poco me alcanza.

Era la vecina. Doña Luarmina siempre había querido saber el motivo de que yo me dedicara a la matanza de las gaviotas. Pobrecitos, decía ella, son pájaros llenos de blancura, que adornan el cielo de sueños marinos. ¿Pero por qué, Zeca, por qué esa rabia? Siendo un hombre desbordante de corazón, ¿cómo podía emprender tamaña maldad contra los inocentes animales?

—No puedo explicarlo.

—¿Y por qué?

—Porque es un secreto, doña Luarmina.

—Pensé que solo la mujer escondía secretos.

Sonreí. Aquello era zancadilla para hacer tropezar astucias machistas. ¿Qué es un secreto? Un secreto es una naranja de un solo gajo. Uno se come aquel gajo y queda la cáscara forrando el vacío. Yo ya había probado aquella amargura de tomar un fruto sin interior, cáscaras que se escurren como arena entre los dedos.

Yo sabía cuánto ella sufría con mi persecución a los pájaros. Con pesar por las gaviotas, ¿saben lo que ella hizo? Fabricó una jaula donde metió decenas de ellas. Aquello era un torbellino día y noche. No para Luarmina, que era mujer de poco movimiento, sino para las muchacherías, que capturaban las aves y les traían kilogramos de

pescado para alimentar todo aquel piquerío.

Por las noches, mi sueño ni tocaba el fondo. Dormían solo partes de mí, no yo todo, completo, a causa del tremendo barullo que venía de la jaula de la vecina. Hasta que, en uno de esos insomnios, penetré por la oscuridad con gasolina, rabia y fósforo. El fuego es una pasión, en un segundo todo se consume. Las gaviotas, prisioneras, parecían pañuelos blancos agitándose en un ocaso. Se extinguían envueltas en llama y luz, demasiada luz para que se mantuvieran volando. Hasta que, cuando no quedaron más que cenizas, me retiré antes de que me vieran.

Al día siguiente, fui a visitar a mi vecina. Como presumía, ella estaba en el portal. Mi mano se posó, como una condolencia, en la curva de su hombro. Ella ni se movió. Ya lo había llorado todo, estaba exhausta. Solo una lágrima persistía en la redondez de la cara. Todavía hice el gesto de ofrecerle un pañuelo. Pero recordé ciertas palabras de ella en una ocasión en que había llorado. Luarmina, nunca lo olvidaré, dijo así:

—Usted puede haber sido acariciado por mano, por labio, por cuerpo, pero ninguna caricia le devuelve tanto el alma como la lágrima que se desliza.

—¿Cómo sabe eso, Luarmina?

—La lágrima es el mar que acaricia su alma. Esa agüita somos nosotros regresando al primer vientre.

Recordando las palabras de ella, guardé el pañuelo. Dejé que la lágrima le corriera. Permanecimos allí, callados. El silencio de ella estaba completamente quieto, lastimando más que mil llantos.

De súbito, me dieron deseos de limpiar lo que había hecho, devolver vida y vuelo al corral. Pero yo no encontraba solución: si había escoba faltaba el piso. Decidí confesar todo, y le conté sobre Henriquinha.

Le cuento, doña: ya estuve casado, más que casado. Era una moza muy llena de cuerpo, pero bien chalada de la cabeza, incluso diría trastornada. Al principio ni me di cuenta de su extravío. Henriquinha se veía toda arregladita, sin imperfección, sea en cuerpo, sea en espíritu.

Los domingos, a la caída de la tarde, ella salía por los atajos rumbo a la iglesia de Nossa Senhora das Almas. Llevaba su vestido negro, se apartaba con paso de viuda. Mirando aquella mujer desde el portal, me atravesaba un escalofrío como si aquella marcha desatornillara los cerrojos de mi alma. Después, contemplando su trasero redondeando la saya, yo me conciliaba conmigo mismo. Una esposa así, bellísima y consagrada a Dios, era una dádiva de agradecer.

Hasta que un día me contaron que, a decir verdad, ella no se

dirigía a ninguna misa. Iba, eso sí, a la cima de Duna Vermelha y se desvestía a los ojos de todos, puesta toda fuera de las ropas. El pueblo se juntaba para sacar provecho de aquel panorama. Todavía hoy me cuesta recordar cuánto yo me dejaba someter a tales vejámenes. ¿La mujer estaba jugando al gato sin ratón? ¿Qué debería hacer yo? Me dejé estar tranquilo, sentado en sombra, siempre fingiendo asegurarme del estado del mar, viendo si la cabeza se cargaba con alguna idea.

Un feo día me llegó la decisión. Yo debía seguirla, sin que nadie lo advirtiera. Lo organicé así: trastorné el calendario. Conseguí uno de un año muy anterior y lo pegué allí bien a la vista en la pared de la cocina. Henriquinha, esa mañana, me preguntó qué día era.

—No sé, mujer. Mira en el almanaque.

Ella observó. La voz, asombrada, me llegó al cuarto:

—¿Es así? ¿Hoy es domingo?

Al principio, ella insistió en que había error. No podía ser domingo. Lo es, respondí yo, los domingos son así, son iguales a los días de semana, solo que con corbata. Es verdad, Henriquinha, uno ni se da cuenta de la semana y ya estamos en otra. ¡Qué vida esta, de pescador, que no tiene días, sino mareas! Y esto y aquello. Hablé mucho, para distraerla.

—Tú hasta tienes suerte, Henriquinha, tu tiempo comienza siempre a horas fijas, se levanta y se pone, se acuesta y se despierta. Ahora, para mí, mi sol es el mar. ¿Qué se sabe de él?

Henriquinha parecía ni oír. Fue al guardarropa y extrajo el ceremonioso vestido negro.

—¿Vas a salir?

—¿Olvidaste que los domingos siempre cumplo obligación con Dios?

Sonreí dentro de mí. Ella había caído. Todavía sentí, por un instante, un peso de culpa. Todavía pensé en desmontar la trampa. Pero el alma me fue más fuerte que el sentimiento. Y allá fui, detrás de la mujer, en cuidadosa persecución, detrás de muro, matorral, arbusto… Hasta que llegamos al barranco de tierra roja. Henriquinha se detuvo en el borde donde el abismo se despeña hasta la playa, muy junto al rompiente. Me quedé observando.

En aquella hora no había nadie. Tal vez porque no era domingo, nadie esperaba el espectáculo de ella aquel día. Henriquinha entonces comenzó a moverse en ondas como si fuera un baile, bajo una música que solo ella escuchaba. De espaldas a mí, ella se revolvía de placer, como si una invisible llovizna cayera sobre ella. Comenzó por halar el vestido hasta la mitad del cuerpo, la cintura de ella miraba entre la luz y las manos. Después, fue separando los paños que la cubrían. Cada ropa que iba al suelo parecía una hoja muerta que caía sobre mi

sorpresa.

Me vino, entonces, junto con la rabia, un desenfrenado deseo de aquella mujer, como si nunca la hubiera visto ni tocado, como si ella fuera mujer inaccesible. Todavía pensé: voy allá, me desordeno con ella, suelto un requiebro de encender la carne. Y fui, cautelosamente, hasta quedar por detrás de Henriquinha, hasta sentir el jadeo de ella. Aquel respirar me hacía la ilusión de que ella se había cansado conmigo, su cuerpo encendido en fuego de mi sangre. Necesitaba apartar, de un tirón, aquel desvarío.

La empujé. No escuché ni grito ni golpe de la caída venidos de las rocas allá abajo. Solo la estridencia de gaviota que rozaba el barranco. ¿Henriquinha cayó? ¿Murió? ¿Fue tragada por el mar?

Durante los días siguientes, regresé a Duna Vermelha, revisé milímetro a milímetro grutas y arenas en busca de una señal del cuerpo de Henriquinha. Nada, solo ausencia. Para mí aquello dolía más que una muerte, de esas tratadas con entierro y ceremonia. Si yo fuera hombre de entera cordura estaría todavía hoy atormentado, despidiéndome infinitamente de Henriquinha. Pero no, para mí aquello no se produjo. Es como el futuro: existe, pero no hay. Si sucedió fue para, en el mismo instante, transitar hacia otra vida, otra memoria que no me pertenece.

Única cosa, doña Luarmina: es ese grito de gaviota, en el momento exacto de despeñarse Henriquinha. Me persigue esa aguda piadera, me rasga las cicatrices de una herida que nunca sentí. ¿Usted me pregunta por qué motivo yo ando persiguiendo esas aves? ¿Me entiende, doña Luarmina?

Todo aquel tiempo, la vecina había escuchado sin moverse, el rostro caído en sombra. Cuando terminé permaneció un silencio, hasta que Luarmina me preguntó:

—¿Era ese su secreto?

—Lo era.

Entonces, ella levantó el rostro y me enfrentó. Los ojos de ella ni eran de rabia. Parecían vacíos, vagos, como si mis palabras le hubieran traído incurable ceguera.

—Vaya allá atrás, en el portal, para que vea lo que usted hizo.

—Discúlpeme, doña Luarmina, no puedo ir.

Ella, entonces, luchó con el propio cuerpo, en esfuerzo por levantarse. Las maderas del asiento protestaron. Con doña Luarmina todas las sillas eran de balancines. Sin ayuda, allá se levantó ella y después me extendió la mano:

—Venga conmigo.

La seguí, contrariado. Sin alma, fui detrás del andar penoso de ella

hasta la jaula. Delante de mí, escudándome de la culpa, estaba la espalda de Luarmina. Su volumen encubría la visión del mundo.

—Vea.

Me mantenía detrás de ella, hecho un muchacho ante la llegada de la zurra. Ella insistía, pero yo, cabizbajo, barría el suelo con mi vergüenza. Hasta que, de repente, escuché un rumor de alas. Aquel sonido salpicó mi alma de recuerdos, como si fuera un derrumbe de mundos. Fui levantando los ojos, avistando primero las maderas masticadas, restos carcomidos de pájaros, plumas de ceniza, todo yaciendo en paz de desierto. La red metálica se mantenía intacta. Pero, ante la mezcla de tanta ceniza, se me presentó la aparición de un ave viviente, toda blanca, adornando repentinos vuelos. ¿Cómo había escapado aquella gaviota de tan completa hoguera?

Doña Luarmina, lentamente, se retiró. Me quedé solo con los restos del corral y un recuerdo de vacío, vaciado de mí y de todo. Mis manos temblaban cuando abrí la puerta de la jaula.



# SÉPTIMO CAPÍTULO

El corazón es una playa.

*Proverbio macua, citado por el viejo Celestiano*

LA PRIMERA VEZ, YO SENTÍ EL BRAZO MOJADO. ESTABA acostado, en mi lecho, esperando el sueño. De repente, un frío en la piel me alertó: por allí se derramaba un líquido, escapado de alguna rendija. Fue entonces cuando la visión me horrorizó: el agua, en definitiva, venía de todos lados, del suelo, del techo, el agua corría buscándome, su lengua azul venía a arrancarme de este mundo. No tardaría en que perdiera la respiración, cercado por dentro y por fuera. Me levanté y, según escapaba por el cuarto, el suelo se mojaba. Alucinación, seguramente. Pero quedaba en el encharcado de la esterilla la prueba de veracidad.

Fue solo la primera vez. Esa visión de ahogamiento pasó a ocurrir siempre que me dormía. A veces me envolvía el mar, otras parecía que me ahogaba en mi propia sangre. Mar y sangre, sangre y mar. ¿De dónde venían esas señales? Pasé en revista mis antepasados, recordé a mi viejo diciéndome, el día en que me accidenté el dedo en el barco:

—Chupa un poco de esa sangre.

Obedecí, como siempre hacía. Mi padre seguía mis gestos con atención que él nunca ponía en mí.

—Dime ahora: ¿la sangre tiene sabor a qué?

Yo miré al mar, sin dar otra respuesta. Mi padre, en definitiva, ¿me estaba diciendo qué cosa? ¿Que traemos océanos circulando dentro de nosotros? ¿Que hay viajes que tenemos que hacer solo en lo íntimo de nosotros? Me quedaré siempre sin saber. Las lecciones que el viejo Agualberto me dio siempre fueron así: esquivas y mal dibujadas. La sangre y el mar, sus parecidos me resurgían ahora en castigo por alguna desobediencia. Solo comprendí, entonces, la completa razón de aquellas pesadillas. Cuando se sintió morir, mi padre se dirigió a mí y me pidió:

—Ven conmigo para que me muestres ciertos lugares.

Sus ojos ya estaban todos blancos, como las conchas lamidas por

mucho sol.

—¿A cuáles sitios usted quiere ir, padre?

—Siéntate, Zeca, quiero hablar.

Agualberto Salvo-Erro nunca me llamó hijo. Aquella vez todavía pareció dudar, pero se adelantó rápido en asunto grave:

—Yo estoy casi casi por morir.

—No diga eso.

—Yo sé que me llegó la hora, pero no quiero morir en un solo lugar. No puedo acabar todo entero en un único lugar. Ya tengo los sitios donde moriré, un pedacito en cada uno.

Su pedido era ese: que lo guiara hacia esos lugares donde él quería esparcir sus muertes. Y partimos, primero rumbo al *embondeiro*[10] de Ritsene. Él se apoyó en el tronco, cansado. Se dejó estar, respirando, hasta hablar:

—Tu abuelo Celestiano tenía razón, hijo.

—¿Qué era lo que decía?

El abuelo condenaba a Agualberto por haberse entregado a las costumbres de los blancos. El motivo de sus desgracias residía en sus espaldas vueltas contra el mundo más antiguo.

—Esta es nuestra iglesia —dijo mi padre, señalando hacia el árbol —. ¿Oíste, Zeca?

—Oí, padre.

—Dile al padre Nunes que yo vine aquí, al árbol de los antepasados. Dile que yo vine aquí, no fui allá a arrodillarme en la iglesia de él…

Extrajo de la bolsa un coral negro. Acomodó el *konkuene*[11] en un hueco del árbol; era su ofrenda a los antepasados.

—Solo yo tengo ese coral, soy el único que tiene uno así.

Y nos alejamos, siguiendo a lo largo de la margen del río. Mi padre seguía erguido a mi lado, parecía prescindir de mis ojos. ¿Será que, sin redondez en los ojos, él todavía veía?

—Oigo la luz del agua, hacia dónde ella va…

—¿Y nosotros hacia dónde vamos?

—Ahora vamos a ese bosquecito donde ese barco nació.

Lo llevé hacia el interior de un bosque donde él trabajaba las maderas de su primer y único barco. El viejo dio vueltas por el claro, palpó cada uno de los troncos como si fuera cuerpo de mujer, y llamó a cada uno de los árboles por un nombre.

—Ese se llama Esperança, ese otro torcido se llama Subidora do Sol.

Tropezó en arbustos, se enredó por el suelo. Lo ayudé a levantarse, pero él prefirió permanecer sentado.

—Déjame morir un poco aquí, solo arrástrame un nada hacia ese lado. Sí, aquí está bien, aquí corre un rayito de sol.

Permaneció un tiempo con los ojos cerrados. Volvió a sacar un pedazo de coral y lo colocó en el suelo. Era otra ofrenda a los dioses.

—¿Y ahora, padre?

—Ahora voy hacia el otro lado del mar.

—Yo voy alistar el barco y sigo con usted.

—No. Tú te quedas; yo voy solo.

Lo metí en el barco, con su viejo saco. Fui empujando hasta donde daba pie. Señalé la dirección correcta y le dije:

—Siga siempre derecho, no se desvíe…

—Estoy en el mar, hijo, ya no necesito conducción.

Y se alejó. Fue la única vez que me llamó hijo. Era, yo lo sabía, la despedida. Oír de la boca de él esa palabra podría ser una infancia naciendo. Pero era el adiós de ella.



# OCTAVO CAPÍTULO

Cuando sintió que se estaba muriendo, mi abuelo
Celestiano llamó a la mujer y le pidió:
—Déjame mirar bien tus ojos —y se quedó, embelesado,
como si su alma fuera un barco acostado en un mar
que eran los ojos de su amada.
—¿Tienes frío? —preguntó ella, viéndolo temblar.
—No, eres tú que estás llorando.
—¿Llorar, yo? —y comenzó a llover.

*Recuerdo de mi abuela sobre el último*
*instante del viejo Celestiano*

MI ENFERMEDAD EMPEORÓ, YA NO ME LEVANTO DE LA cama. Más grave: no puedo dormir siquiera. Apenas parpadeo, el pliegue de la sábana se convierte en agua y, en el instante siguiente, todo se enrojece y yo desaguo en ríos de sangre. Si duermo me ahogo, si estoy en vigilia se me escapa el juicio. Me hace falta el sueño, todo cuanto quería era soñar.

Oigo ruido en la puerta. Deben de ser ladrones, pero eso ya no me importa. Que roben lo nada que yo tengo, que me quiten la poca vida que me resta. Hasta estaría bien. Pero es Luarmina, que observa en la puerta.

—Vengo a visitarlo, Zeca.

—¿De verdad? —sonrío, incrédulo.

—Usted siempre me visitó. Hoy soy yo la que viene a estar con usted.

Luarmina desanuda un pañuelo nuevo. Ordena que la ayude a cambiar las ropas de cama.

—Esas están ensopadas. ¿Cómo es posible que se sude tanto?

Yo quería decirle que aquello no era sudor, que era el propio mar castigándome.

Mas no entré por atajo, fui directo al asunto:

—Qué bueno que vino, Luarmina. Es que estoy casi al morir.

—No diga disparates, Zeca. Usted todavía me ha de lanzar unas paletadas.

Pedí a la vecina lo mismo que el viejo Celestiano había pedido en su último momento: que ella permaneciera junto a mi lecho solo para que yo me distrajera en los ojos de ella.

—Le pido, vecinita: quiero desfallecer mirando sus ojos.

Luarmina sonrió, indulgente, como si yo me estuviera volviendo niño de una vez.

—Si usted continúa con esa conversación, me voy de aquí.

—Entonces hágame un favor, doña: cuénteme una historia.

—Una historia, ¿yo?

—Sí, yo ya le conté tantas, vecina.

—Pero yo no tengo historia, yo tuve poca existencia.

—¿Cómo es posible?

—Mi vida es muy pobre. Yo viví tan poquitito que ya tengo poco para morir.

—Doña Luarmina, haga un esfuerzo. Es una vergüenza para un hombre, pero yo quería que me arrullara hasta llegar a un sueño. Es que necesito soñar, ¡necesito tanto soñar!

Luarmina se levantó, turbada. Anduvo hacia atrás y hacia adelante, como si buscara no una idea, sino algo que estuviera perdido en el desorden del cuarto. De repente, se detuvo junto a la cama y dio una extraña orden:

—Levántese, Zeca.

Me asombré. Y me negué, incapaz de movimiento. Pero ella insistió, me haló con fuerza, haciéndome palanca por las axilas.

—Pero yo no puedo. Déjeme en la cama.

—Déjese de cuentos y ayúdeme a levantarlo, Zeca.

—¿Pero qué es lo que me quiere hacer, doña?

—¿Que qué yo quiero hacer? Yo quiero bailar con usted, hombre.

Ironía del destino: toda la vida soñé bailar con aquella mujer. Ahora, que ella quería, yo no podía. Luarmina hasta me arrastró, como si yo fuera un saco lleno de algo sin peso. Yo me esforzaba, pero mis pies no se encontraban con los pasos. Hasta que ella me depositó, fardo fallecido sobre la cama.

—Disculpe, doña Luarmina.

—Usted está enfermo. Yo no debía haberlo forzado.

—No es enfermedad. Para nosotros enfermedad es otra cosa, no es eso que ustedes, los blancos…

—Yo soy mulata, no lo olvide.

—La señora, para los indebidos efectos, es blanca. La verdad de mi enfermedad es esta: estoy siendo castigado por mi padre.

—¿Castigado?

—Porque no cumplí su pedido.

—Eso no puede ser motivo…

—¿Que no puede? Si fui infiel con la promesa que dejé. ¿No se acuerda de lo que le conté? Yo prometí que me ocupaba de esa mujer de él, prometí que le llevaba agua, alimento…

—Pero usted hizo todo eso.

—No, no hice nada.

—Lo hizo, sí.

Me extrañó aquella insistencia de ella. ¿Qué sabía aquella mujer de mi vida, qué sabía ella de la vida de los negros? Ya me irritaba aquella arrogancia de Luarmina. Tal vez por eso, grité:

—Nunca lo hice, doña. Nunca volví allá.

La mulata decidió sentarse, bajó la cabeza entre las manos y dijo, en un suspiro:

—Esa mujer que su padre llevaba en el barco, esa mujer nunca murió.

—¿Cómo que nunca murió?

—Ella fue arrastrada, se salvó agarrada a una madera…

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo soy esa mujer.

Me quedé con la boca abierta, el alma escarranchada. ¿Luarmina estaba jugando, se imaginaba que yo ya no tenía ni un cachito de razón? Pero ella prosiguió con una serenidad que me asustó:

—Sí, yo soy esa mujer. Y usted se ocupó de mí; todas esas conversaciones, todas las veces que me visitó…

—No es verdad.

—Usted cumplió la promesa, Zeca. Estoy diciéndolo. Usted no tiene razón de enfermedad.

Permanecí inmóvil. ¿Podía ser verdad, así tan fácil, fábula en final feliz? Me quedé mirando el rostro de Luarmina, como si ella siempre hubiera estado allí, como si fuera apenas una más de las noches de una vida entera. Todas las veces que la gorda mulata despetaló flores, en ese «me quiere… no me quiere», a fin de cuentas, ¿era ya mi amor lo que deshilaba aquel gesto de ella?

—Pero ahora, Luarmina, me quedó una enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

—Usted. Usted, Luarmina, es mi enfermedad.

—Yo le prometo, Zeca, que yo regreso después, a la noche, para curar de una vez esa enfermedad.

—Pero, Luarmina, ¡jure que usted es en verdad esa mujer del barco!

Ella se calla. Con la cabeza baja, murmura:

—Voy a dejar la puerta abierta, así usted escucha el mar.

Escuchando el mar me dormí. Pero no era todo mi yo lo que se dormía. De igual manera que mi padre murió por porciones, ahora yo caía en el sueño por partes, una cada vez. Primero fue la memoria, que cayó en abismo, inexistiendo; como si el mar enseñara a dormir, por fin, a mis recuerdos; como si mi vida aceptara el supremo convite y fuera saliendo de mí en eterna danza con el mar.



# NOTAS

[1] Los macuas son uno de los grupos étnicos más extendidos de Mozambique. (Nota del Traductor.)

[2] Sofala es una de las provincias en que se divide administrativamente la república de Mozambique, y se encuentra en el centro del país; limita con las provincias de Tete y Zambézia (norte), Inhambane (sur) y Manica (oeste). Al oriente tiene costas bañadas por el océano Índico. Era conocida antes de la llegada de los portugueses, pues mantenía comercio con la India y con los árabes. Capital: Beira. (N. del Trad.)

[3] Tela de algodón con que las mujeres se cubren el cuerpo. Puede ponerse, incluso, por encima de otras ropas. Suele ser una prenda elegante. También es usada por hombres en actos solemnes o de cierta formalidad. (N. del Trad.)

[4] El autor juega con la palabra «mar», con dos de los nombres portugueses de la flor conocida en español como «margarita»: *malmequer* y *bem-me quer*, y con la antigua costumbre romántica de deshojar una margarita diciendo «me quiere… no me quiere», de manera que se mezclan los tres significados: mar, margarita y me quiere… no me quiere, para un efecto poético que apunta al sentido total de la novela. Ese juego justifica el título original de la obra en portugués (*Mar me quer*). El título en español, asignado con la anuencia del autor, intenta rescatar para el lector hispanohablante al menos una porción de la carga significativa de la versión original. (N. del Trad.)

[5] Esto es: Agualberto (Agua + Alberto) Salvo-Equivocación. En la etapa colonial eran frecuentes los nombres disparatados, muchas veces otorgados por los propios portugueses a los naturales del país como forma de denigrarlos. (N. del Trad.)

[6] Ululaban, en manifestación de alegría. (Nota del Autor.)

[7] Serpiente venenosa (N. del A.)

[8] ¡Fuera! (N. del A.)

[9] ¡Lárgate! (N. del A.)

[10] Embondeiro o imbondeiro: baobad, árbol tropical, considerado el más grueso del mundo y que alcanza hasta doce metros de altura. (N. del Trad.)

[11] Coral. (N. del A.)